

una peculiar *identidad* política de la que no se debe apostatar. Por encima de toda valoración *instrumental*, el *republicanismo* aparece ahora como una nueva religión civil que requiere la formulación de un acto de fe en la propia comunidad, así como dar una primacía a la actividad política en la vida pública del propio país, con exclusión sin ira del resto. Con este fin se analizan distintas virtudes cívicas, según Aristóteles, como la autonomía, la amistad, la prudencia y la práctica propiamente política. Posteriormente se analizan los ideales republicanos de Maquiavelo, Rousseau, Hegel, y Tocqueville, así como sus respectivas referencias a la vida política en Roma, en Esparta, en Atenas o en la democracia americana. Finalmente, se analiza la valoración de la virtud de la ciudadanía en la teoría democrática moderna, más como problema común que como solución compartida. Se propone así una fundamentación aristotélica de los ideales *republicanos*, aunque ello sea a costa de renunciar al *cosmopolitismo* de la ilustración y de perpetuar una confusión entre el *constitucionalismo* y la *democracia* claramente engañosa para ambos.

Carlos Ortiz de Landázuri

Oroz Ezcurra, Javier, *Horizontes del sentido. Reflexiones sobre unas y otras Filosofías*, Monte Casino, Zamora, 1992, 316 págs.

Consta este libro de cinco capítulos, al parecer heterogéneos, pero con la expresa intención de conducirlos hacia el *sentido de la vida*. Podríamos formular su tesis de esta manera: la vida del hombre tiene sentido a pesar de que hoy proclaman su inexistencia los post-modernos, los nuevos sofistas y la mayor parte de pensadores y filósofos contemporáneos.

Los dos primeros capítulos constituyen una exposición de los movimientos culturales y "filosóficos" de la post-modernidad y de la nueva sofística; en tanto que los capítulos tercero y cuarto se fijan en un análisis-juicio de sendos libros de J.D. García Bacca y E. Tierno Galván. El capítulo quinto es un proyecto de demostración del sentido de la vida desde las bases de un auténtico humanismo.

El libro descubre con realismo y claridad tanto el origen histórico como la severidad de este talante post-moderno en que estamos inmersos. "Si Dios no existe, ¿quién fija los valores? ¿Yo? Entonces la vida no tiene un valor *a priori*". Es cierto que se alzan voces como las de Adorno, Horkheimer, Benjamin... que claman por una verdad y una justicia que rehabilitem a los oprimidos; reconocen, además, que tal verdad y justicia sólo pueden venir de la Teología... Pero no aceptan a Dios. "Su protesta y su pena merecen nuestro respeto, pero son insuficientes... ¿Por qué no dieron un paso más y contemplaron proyectivamente, desde la escatología, un mundo desagraciado y reconciliado? ¿Por qué no creyeron en Dios?".

Interesante es la mostración del sentido de la vida. ¿Qué significa sentido? Sencillamente que las acciones de nuestra vida se insertan, una a una, en un todo válido en sí; al igual que una oración gramatical tiene sentido

cuando sus palabras constituyen un todo significativo. La vida, según esto, no tendría ni sentido ni valor si con la muerte se quebrara su unidad. Resultaría que, al final, todos nuestros logros y afanes y dichas y desdichas serían nada: aventuras efímeras dispersadas por el viento.

Dios, según esto, debe salir garante del sentido de la vida. Y su existencia resplandece en la vida misma del hombre. La experiencia humana implica mucho más de lo que ella es en sí. "Se inserta en un dinamismo que desde lo terreno asciende hasta lo divino, aunque no lo abarque"... "Experimentar el mundo es remitirse a Dios"... Por estos derroteros transcurre esta "prueba" ante la cual las objeciones de resonancia kantiana no tendrían lugar.

De aquí a probar la inmortalidad del alma dista un solo paso. Dios me ha creado como persona, es decir, como fin, no como objeto o medio o instrumento. "Un Dios que sale a mi encuentro, que dialoga conmigo, que me ama y me regala amor, que se ofrece a mi amistad, no puede aniquilarme". Dios no se contradice ni se arrepiente.

Diré, para terminar, que es éste un libro profundo, crítico, directo, actual..., que dice muchas cosas de las que no suelen decirse y muestra algunas más de las que no suelen mostrarse.

Luis Ansoain

Peña, Lorenzo: *Hallazgos filosóficos*, Ediciones de la Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca, 1992, 363 págs.

Lorenzo Peña ha emprendido una búsqueda filosófica en diversos campos, y lo que nos brinda en este libro es un entramado de resultados provisionales de esa serie de indagaciones. La línea general es lo que él llama un gradualismo contradictorial, consistente en tratar muchos problemas —en realidad casi todos—, no según lo que él juzga un errado patrón de todo o nada, sino a tenor de diferencias de grado, que producen contradicciones parciales, ya que de esas gradualizaciones se derivan, en sendos casos, tanto la verdad parcial del sí como la del no. Esa línea la ve Lorenzo Peña como una reactualización de la filosofía de Platón, con sus grados de verdad y de existencia.

El libro se inscribe en el horizonte de una defensa de la *philosophia perennis*, mas dentro de ella, como queda dicho, del platonismo en lugar del aristotelismo. A las dicotomías de éste entre maneras de ser (potencia/acto, materia/forma, sustancia/accidente) contraponen el autor una modulación platónica de graduaciones existenciales, a tenor de la cual no es que lo en potencia exista de otro modo, sino que existe menos. También introduce diferencias de aspecto, y en eso quizá vuelve al aristotelismo mucho más de lo que reconoce. Sin embargo lo que sí es cierto es que la articulación ontológica principal en el libro es la de grados.

Lorenzo Peña quiere ser ante todo un metafísico y ofrece un basamento metafísico al engarce de soluciones que nos brinda. La metafísica que nos propone el libro es existencial es el siguiente sentido, que cada ente se identifica con su propia existencia, mientras que en general hay diferencia entre